

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

Nota introductoria de
CARMEN BOULLOSA

Selección de
KATYNA HENRÍQUEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2013

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, <i>CARMEN BOULLOSA</i>	3
BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR	5
[CONSEJO IMPORTANTE DE ORDEN INTELLECTUAL PARA LORENZO RAMOS]	6
<i>LA TORRE DE TIMÓN</i>	7
PRELUDIO	7
LIED	7
LA ALUCINADA	8
LA TRIBULACIÓN DEL NOVICIO	8
LA CUITA	11
EL CRIMEN DE LA ESFINGE	11
DE LA VIEJA ITALIA	13
LA VIDA DEL MALDITO	14
EL ROMANCE DEL BARDO	16
<i>LAS FORMAS DEL FUEGO</i>	17
EL MANDARÍN	17
LA VERDAD	18
EL RAJÁ	18
RÚNICA	19
LA CAZA	20
EL REINO DE LOS CABIROS	20
LA CIUDAD DE LAS PUERTAS DE HIERO	21
CARNAVAL	22
<i>EL CIELO DE ESMALTE</i>	23
EL CIRUJANO	23
BAJO LA RÁFAGA DE ARENA	24
ENTRE LOS BEDUINOS	25
EL HERBOLARIO	26
EL EXTRANJERO	27
OMEGA	27

NOTA INTRODUCTORIA

*La vida es como uno la piensa, luego
si uno la piensa mala se vuelve loco
de desesperación.*

RAMOS SUCRE,
carta a Lorenzo Ramos

Se ha escrito mucho sobre José Antonio Ramos Sucre (Venezuela 1890-Ginebra 1930) y en Venezuela se le profesa culto público y secreto que lectores de otras regiones compartimos en alguna de las dos modalidades. Ante estos cultos no sé qué sentiría Ramos Sucre, aunque él mismo vaticinara que “después” tendría lectores, porque su reino no es de este mundo. Su “después”, su “tiempo futuro” no somos nosotros, evidentemente, como su “ahora” no era el de sus coetáneos. Ramos Sucre tiene su “hoy” particular, su “mañana” propio, su “ayer” exclusivo, su realidad no se nos parece.

La casa que él fundó, por serle el mundo inhabitable, está llena de compartimentos secretos: secretos por él, públicos en su verdad. Una verdad siempre despierta en la exaltación de la fantasía, realizada en defensa propia. La verdad de Ramos Sucre es la verdad de la fantasía, cierta echando mano de todos los confines de la tierra, de todas las edades, al trote de un “yo” que el autor hace andar como inexistente por dúctil, firme por preciso (siempre *yo*) actor o personaje. Fantasía dicta la ley, la forma, los cánones, los comportamientos, ceñido en un lenguaje preciso que le es propio, que es sólo de Ella, que le pertenece.

Ramos Sucre no sólo tiene un mundo propio sino su propio mundo. El de los demás le parece inhabitable: José Balza explica su insomnio diciendo que él era la única conciencia despierta en Venezuela en los negros años de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y que no podía darse el lujo de dormir. Claro, nadie resiste no dormir durante años. A los cuarenta años de

edad, después de haber estado literalmente despierto durante nueve, Ramos Sucre termina con su vida.

Terminó con su vida, pero no acabó con su propio mundo: un mundo complejo, transitado por múltiples habitantes (la mayoría de ellos “yo”), un rico universo verbal siempre –como él– despierto, todo bajo el sol quemante de la muerte, como si hubiera muerto antes, como si por ello no pudiera cumplirse su deseo: “yo quiero escapar de los hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de tirar mi vida, y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas”.

Porque desde antes de morir, Ramos Sucre había elegido para fincar su propio mundo el territorio de la muerte. Él ha apostado todas sus cartas a la existencia imposible en la muerte. Y ha ganado. Vive, irritante y vigoroso, sentimental y racional, vive mezclando elementos, cambiando aquí y allá de tono, profuso y encerrado y parco y exultante, y aunque donde vive tampoco duerme nunca, no parece necesitar el sueño: ¿para qué dormir si se habita en la edificación que ha levantado la propia fantasía?

CARMEN BOULLOSA

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR:

Antología poética. Prólogo de Francisco Pérez Perdomo. Caracas, Monte Ávila Editores, 1969.

Obra completa. Prólogo de José Ramón Medina. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

Las formas del fuego. Edición de Katyna Henríquez. Prólogo de Salvador Garmendia. Madrid, Editorial Siruela, 1988.

Los aires del presagio. Recopilación de textos dispersos, cartas y traducciones de Rafael Ángel Insausti. Caracas, Monte Ávila Editores, 1976.

CONSEJO IMPORTANTE DE ORDEN
INTELLECTUAL PARA LORENZO RAMOS

Lo que se escribe debe tener un solo adorno: el de la exactitud. Lo que se escribe no debe causar efecto, alarma en el lector, la expresión no debe sonar jamás a discurso, a elocuencia declamatoria y tribunicia. Nunca, en lo que se diga, haga o escriba, se debe llamar la atención. En este principio se fundan todas las virtudes sociales.

LA TORRE DE TIMÓN

PRELUDIO

Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.

LIED

Los espinos llenan, desde el pórtico en ruinas, la
hondonada.

Tejen sus ramas siniestramente, figurando coronas
de martirio.

La dama de la corza blanca se entrega a cantar,
al sentir en torno la magia lunar.

El eco burlesco augura la muerte desde el matorral.

Nadie podría decir el susto de la corza blanca.

Hasta ese momento no se había cantado en la
mansión desierta.

LA ALUCINADA

La selva había crecido sobre las ruinas de una ciudad innominada. Por entre la maleza asomaba, a cada paso, el vestigio de una civilización asombrosa.

Labradores y pescadores vivían de la tierra aguanosa, aprovechando los aparejos primitivos de su oficio.

Más de una sociedad adelantada había sucumbido, de modo imprevisto, en el paraje malsano.

Conocí, por una virgen demente, el suceso más extraño. Lloraba a ratos, cuando los intervalos de razón suprimían su locura serena.

Se decía hija de los antiguos señores del lugar. Habían despedido de su mansión fastuosa una vieja barbuda, repugnante.

Aquella repulsa motivó sucesivas calamidades, venganza de la harpía. Circunvino a la hija unigénita, casi infantil, y la persuadió a lanzar, con sus manos puras, yerbas cenicientas en el mar canoro.

Desde entonces juegan en silencio sus olas descolmadas. La prosperidad de la comarca desapareció en medio de un fragor. Arbustos y herbajos nacen de los pantanos y cubren los escombros.

Pero la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados.

La infeliz sonrío en medio de su desgracia, y se aleja de mí, diciendo entre dientes una canción desvariada.

LA TRIBULACIÓN DEL NOVICIO

Bebedizos malignos, filtros mágicos, ardientes misturas de cantárida no hubieran enardecido mi sangre ni espoleado mi natural lujuria de igual modo que esta

mi castidad incompatible con mi juventud. Vivo sintiendo el contacto de carnes redondas y desnudas; manos ligeras y sedosas se posan sobre mis cabellos, y brazos lánguidos y voluptuosos descansan sobre mis hombros. A cada paso siento sobre mi frente los pequeños estallidos de los besos. Una mujer con palabras acariciantes se inclina hasta tocar con la suya mi mejilla. Su voz insinúa dentro de mí el deseo como una sierpe de fuego. Todo mi ser está embargado de fiebre y lo inquieta un loco deseo de transmitirse encendiendo nuevas vidas. Barbas selváticas, cuernos torcidos, cascos, todos los arreos del sátiro podrían ser míos. Demasiado tarde he venido al mundo; mi puesto se halla en el escondrijo sombrío de un bosque, desde el cual satisficiera mi arrebatado espiando la belleza femenina, antes de hacerla gemir de dolor y de gozo.

Por desgracia otra es mi situación y muy duro mi destino; me viste un grueso sayal más triste que un sudario; vivo en una celda, y no en medio de árboles frondosos en un campo libre. Suspiro por un raudal modesto bajo la sombra de ramajes enlazados y cuya superficie temblorosa señalara el vuelo de las auras. Diera la vida por ver en la atmósfera matinal y serena un instantáneo vuelo de palomas, como una guirnalda deshecha. Y en una diáfana mañana, cuando recobran juventud hasta las ruinas, desechar la última sombra del sueño, turbando con mi cuerpo el éxtasis del agua, enamorada de los cielos. Huida la noche, volviera yo a la vida, cuando el concierto de los pájaros comienza a llenar el vasto silencio, despertara con más lujo que un déspota oriental, segador de hombres. Bajo la luz paternal del sol sintiera el júbilo de la tierra y contemplara el mar, después de haber jadeado escalando un monte. Sufro por mi estado religioso mayor esclavitud que un presidiario; con mortificaciones y encierros pago el delito de esta rebosante juventud; aislado, herido por desolación profunda, resguardo mis sentidos, y niego satisfacción a mis deseos y hospitalidad a la alegría. El mar palpitante, el viento incansable, el pensamiento volador exasperan el enojo de mi cauti-

verio, recrudecen la tiranía de mi condición, agravan los grillos que me aherrojan. Debo recatarme de participar en la alegría de la tierra amorosa y robusta; vestir perpetuo traje de oscuridad, cuando a todas partes la luz, rauda viajera, lleva su aleluya; remplazar con rigurosa seriedad la grave sonrisa que conviene al espectador de la tragicomedia del mundo. Sabiendo que el organismo cede con la satisfacción, he de resistirle aunque reproduzca sus deseos con más furia que la hidra sus cabezas, y merezca por insistente y por traidor su personificación en Satán torvo y enrojecido.

No se calma este ardor con claustro inaccesible ni con desierto desolado. Con esa abstinencia, la locura me haría compañero de santos desequilibrados y extáticos. Ni la penumbra de los templos abrigados me auxilia, porque es tibia como un regazo y favorable al amor como un escondite. La oración tampoco es defensa porque su lenguaje es el mismo que para cautivarse emplean los hijos y las hijas de los hombres. Ni es para alejar del siglo la belleza que resplandece en las efigies: algunas me recuerdan las mujeres que hubiera podido amar, tienen los mismos ojos hermosos y tranquilos, la misma cabellera destrenzada sobre las espaldas y los hombros, y sobre los mismos pies menudos y curiosos debajo del vestido descansa la estatua soberbia del cuerpo. No es bastante el único refugio que alcanzo a los pies del hijo de Dios extenuado y sangriento. Más me apacigua comunicándome su dolor la madre Virgen a los pies del grueso madero. Lloro, mientras vencida bajo su calcañar, según la lección bíblica, se tuerce la serpiente perezosa y elástica. Pierden su brutalidad los groseros anhelos, si atiendo a esos ojos lacrimantes, azules de un azul doliente, como el cielo de un país de exilio. Sería distinto, si fueran sus ojos negros, como aquellos otros de brasa infernal, que me han envenenado con su lumbre.

LA CUITA

La adolescente viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sones de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de proscrito.

La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehemente, la fuga de los enamorados.

EL CRIMEN DE LA ESFINGE

—Sí, señores, es cierto, dijo enfáticamente don Álvaro, mientras arrojaba como desabrido un cigarro celebrado por sospechosa propaganda; el vulgo no yerra cuando atribuye a los leprosos el cálculo de proporcionar a los hombres sanos la ocasión del contagio.

Serenó un momento el semblante y quedó silencioso; esperaba la improbación de los oyentes para satisfacer su manía de argumento y de polémica.

Pero sus palabras dejaron entonces de suscitar comentarios irónicos y ásperos debates. Como se trataba de los enfermos por antonomasia, vencía a todos un respeto que participaba de la compasión y del miedo.

Así, pudo continuar conmovido y teatral:

—Los muchos años no han logrado apagar la memoria que guardo de mi amigo Julio. La cortesía graciosa, el

talante despejado, el cuerpo de príncipe le conciliaban la simpatía de los hombres y el amor de las mujeres. Era su carácter extraviado y arbitrario como de artista. Vivía para la acción intrépida y el enlace galante.

Una noche siguió tenazmente por cierta calle estrecha y azarosa los pasos de una mujer embozada. Después de alcanzarla, confirmó su conjetura de que era joven y hermosa. Al principio ostentó ella altanero recato para verse instada por el rendido galán. Diciéndose casada le impuso fácilmente no descubrir su cara ni seguirla jamás a su vivienda.

Sin embargo, convino en acudir a la casa que él tenía reservada para sus diversiones en una calle escondida. Una casa desolada y espaciosa, de difícil alquiler, en cuyo patio se enderezaba un pino aciago. Allí voy con frecuencia a calentar el recuerdo de su más infortunado habitante.

La insistencia de aquella mujer en quedar desconocida lisonjeó primero el espíritu novelesco de mi amigo; luego despertó su curiosidad. Para resolver el enigma determinó seguirla hasta su casa.

Así lo hizo ocultándose una que otra vez. Anocheceía cuando la vio penetrar en aquel edificio a cuyo nombre temblaba. Ya sabemos que era una construcción antigua, de amenazador sello español, con más de presidio que de hospital, de paredes soberbias, como para guarecerse en días revueltos y armados. En torno suyo se disipó alguna vez la algazara de los aborígenes indóciles.

No esperaba verlo allí recluido cuando concurrí después a la fiesta anual, costeada por los patronos de la institución.

Después de la misa, el sacerdote acusó a la vida como a un cómplice pérfido, rechazó a la alegría como a un bufón indigno, habló de la tierra como de una madre enferma.

Alguna ráfaga desprendida de los cerros vecinos depuraba el aire infecto, suplantaba con aromas agrestes la nube del incienso, estremecía la llama de los cirios y las lágrimas de los ojos enternecidos.

El sermón evocaba el hálito fosforado del osario, la boca muda del sepulcro, cuando él me invitó a un sitio apartado.

Me precedía con pies tardos y gruesos que humillaban su alto porte.

Cuando llegamos al lugar previsto, donde nos salvaba del sol la sombra que proyectaba una pared, pude advertir que vestía uno de sus antiguos trajes elegantes en lastimoso estado, para remedo de su suerte.

Luego me habló entre sollozos potentes.

DE LA VIEJA ITALIA

El caballero Leonardo nutre en la soledad el mal humor que ejerce en riñas e injurias. No lo consuela su palacio y, lejos de gozarlo, se aplica a convertirlo en caverna horrenda y sinuosa, en castillo erizado de trampas. Allí interrumpe el silencio con el aullido de cautivas fieras atormentadas. Recorre la ciudad desgarrando el velo medroso de la media noche con los golpes y las voces de secuaces blasfemos.

Antes de amanecer, con miedo de la luz, se recoge a descansar de la peregrinación desnatural. Huye de mirar la belleza en la alegre diversidad de los colores repartidos en edificios y jardines, y solaza los ojos en la oscuridad confusa y en la sombra llana.

Encuentra en lecturas copiosas el consejo que induce a la maldad y el sofisma que la disculpa. Entretiene, por el recuerdo de encendidas afrentas, el odio hético y febril. Desvela a sus malquerientes con la amenaza de infalibles sicarios, con la intriga perseverante y deleznable, con la interpresa en que ocupa gente de horca y de traílla.

Sigue sin esfuerzo la austeridad que endurece el alma de los malos. Niega extraterrenos castigos y venturas con amarga e imprecante soberbia. Desafía el sino de la muerte sangrienta que despuebla su alcázar. Espera de su erizado huerto el prometido talismán

de alguna flor de rojo centro en cáliz negro. Viste entretanto de luto el caballero siniestro y medita bajo el torvo antifaz.

Está rodeado de miedo y de silencio el palacio en que de día descansa o traza para la noche su delito. Morada ruidosa, ufana de antorchas, desde que las sombras agobian el resto de la ciudad, y urna de recuerdos y leyendas desde que el cadáver del enlutado señor muestra en el pecho abierto manantial de sangre, y figura el absurdo talismán. El pueblo se apodera de esa vida, y dice, con sentimiento pagano, que fue víctima de la noche y de sus vengativos númenes guardianes.

LA VIDA DEL MALDITO

Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

Conservo recuerdos pronunciados de mi infancia, rememoro la faz marchita de mis abuelos, que murieron en esta misma vivienda espaciosa, heridos por dolencias prolongadas. Reconstituyo la escena de sus exequias, que presencié asombrado e inocente.

Mi alma es desde entonces crítica y blasfema; vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de la investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas. Detesto íntimamente a mis semejantes, quienes sólo me inspiran epigramas inhumanos; y confieso que, en los días vacantes de mi juventud, mi índole destemplada y huraña me envolvía sin tregua en reyertas vehementes y despertaba las observaciones irónicas de las mujeres licenciosas que acuden a los sitios de diversión y peligro.

No me seducen los placeres mundanos y volví espontáneamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a esta mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral. Desde entonces no he dejado esta mansión de colgaduras y de sombras. A sus espaldas fluye un delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de árboles crecidos, en pie sobre las márgenes, azotados sin descanso por un viento furioso, nacido de los montes áridos. La calle delantera, siempre desierta, suena a veces con el paso de un carro de bueyes, que reproduce la escena de una campiña etrusca.

La curiosidad me indujo a nupcias desventuradas, y casé improvisamente con una joven caracterizada por los rasgos de mi persona física, pero mejorados por una distinción original. La trataba con un desdén superior, dedicándole el mismo aprecio que a una muñeca desmontable por piezas. Pronto me aburrí de aquel ser infantil, ocasionalmente molesto, y decidí suprimirlo para enriquecimiento de mi experiencia.

La conduje con cierto pretexto delante de una excavación abierta adrede en el patio de esta misma casa. Yo portaba una pieza de hierro y con ella le coloqué encima de la oreja un firme porrazo. La infeliz cayó de rodillas dentro de la fosa, emitiendo débiles alaridos como de boba. La cubrí de tierra, y esa tarde me senté solo a la mesa, celebrando su ausencia.

La misma noche y otras siguientes, a hora avanzada, un brusco resplandor iluminaba mi dormitorio y me ahuyentaba el sueño sin remedio. Enmagrecí y me torné pálido, perdiendo sensiblemente las fuerzas. Para distraerme, contraje la costumbre de cabalgar desde mi vivienda hasta fuera de la ciudad, por las campiñas libres y llanas, y paraba el trote de la cabalgadura debajo de un mismo árbol envejecido, adecuado para una cita diabólica. Escuchaba en tal paraje murmullos dispersos y confusos, que no llegaban a voces. Viví así innumerables días hasta que, después de una crisis nerviosa que me ofuscó la razón, desperté clavado por la parálisis en esta silla rodante, bajo

el cuidado de un fiel servidor que defendió los días de mi infancia.

Paso el tiempo en una meditación inquieta, cubierto, la mitad del cuerpo hasta los pies, por una felpa anchurosa. Quiero morir y busco las sugerencias lúgubres, y a mi lado arde constantemente este tenebrario, antes escondido en un desván de la casa.

En esta situación me visita, increpándome ferozmente, el espectro de mi víctima. Avanza hasta mí con las manos vengadoras en alto, mientras mi continuo servidor se arrincona de miedo; pero no dejaré esta mansión sino cuando sucumba por el encono del fantasma inclemente. Yo quiero escapar de los hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de finar mi vida y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas.

EL ROMANCE DEL BARDO

Yo estaba proscrito de la vida. Recataba dentro de mí un amor reverente, una devoción abnegada, pasiones macerantes, a la dama cortés, lejana de mi alcance.

La fatalidad había signado mi frente.

Yo escapaba a meditar lejos de la ciudad, en medio de ruinas severas, cerca de un mar monótono.

Allí mismo rondaban, animadas por el dolor, las sombras del pasado.

Nuestra nación había perecido resistiendo las correrías de una horda inculta.

La tradición había vinculado la victoria en la presencia de la mujer ilustre, superviviente de una raza invicta. Debía acompañarnos espontáneamente, sin conocer su propia importancia.

La vimos, la vez última, víspera del desastre, cerca de la playa, envuelta por la rueda turbulenta de las aves marinas.

Desde entonces, solamente el olvido puede enmendar el deshonor de la derrota.

La yerba crece en el campo de batalla, alimentada con la sangre de los héroes.

LAS FORMAS DEL FUEGO

EL MANDARÍN

Yo había perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recupere el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el develamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilentes. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorran escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la pérdida de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

LA VERDAD

La golondrina conoce el calendario, divide el año por el consejo de una sabiduría innata. Puede prescindir del aviso de la luna variable.

Según la ciencia natural, la belleza de la golondrina es el ordenamiento de su organismo para el vuelo, una proporción entre el medio y el fin, entre el método y el resultado, una idea socrática.

La golondrina salva continentes en un día de viaje y ha conocido desde antaño la medida del orbe terrestre, anticipándose a los dragones infalibles del mito.

Un astrónomo desvariado cavilaba en su isla de pinos y roquedos, presente de un rey, sobre los anillos de Saturno y otras maravillas del espacio y sobre el espíritu elemental del fuego, el fósforo inquieto. Un prejuicio teológico le había inspirado el pensamiento de situar en el ruedo del sol el destierro de las almas condenadas. Recuperó el sentimiento humano de la realidad en medio de una primavera tibia. Las golondrinas habituadas a rodear los monumentos de un reino difunto, erigidos conforme una aritmética primordial, subieron hasta el clima riguroso y dijeron al oído del sabio la solución del enigma del universo, el secreto de la esfinge impúdica.

EL RAJÁ

Yo me extravié, cuando era niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antí-

lope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tsé, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

RÚNICA

El rey inmoderado nació de los amores de su madre con un monstruo del mar. Su voz detiene, cerca de la playa, una orca alimentada del tributo de cien doncellas.

Se abandona, durante la noche, al frenesí de la embriaguez y sus leales juegan a herirse con los aceros

afilados, con el dardo de cazar jabalíes, pendiente del cinto de las estatuas épicas.

El rey incontinente se apasiona de una joven acostumbrada a la severidad de la pobreza y escondida en su cabaña de piedras. Se embellecía con las flores del matorral de áspera crin.

La joven es asociada a la vida orgiástica. Un cortesano dícax añade una acusación a su gracejo habitual. El rey interrumpe el festín y la condena a morir bajo el tumulto de unos caballos negros.

La víctima duerme bajo el húmedo musgo.

LA CAZA

La duquesa guarda, montada a caballo, una actitud pudorosa y gentil. Increpa al azor aferrado en el puño y lo despide en seguimiento de un ave indistinta.

El azor dibuja un vuelo indeciso y acierta con el rumbo.

La belleza de la señora me distrae de seguir el curso de la caza. Resalta de lleno en el campo uniforme.

Yo recojo del suelo y oculto recatadamente un chapín de cordobán, escapado de su pie.

La duquesa nota la pérdida en una tregua de la activa diversión.

Me abstengo de contestar sus preguntas inquietas, donde se traspinta el enfado. Un paje saca a plaza la vergüenza de mi hurto.

La duquesa ríe donosamente al adivinar la señal de una pasión en el más intonso de sus villanos.

EL REINO DE LOS CABIROS

Unas aves negras y de ojos encarnizados se alojaban entre los mármoles derruidos. Infligían la afrenta de

las harpías soeces. Andaban a saltos menudos y alzaban un vuelo inelegante.

La vega de la ciudad abundaba en arbustos malignos citados, para memoria de la venganza y de la amargura, en más de un libro sapiencial.

Un busto de mirada absorta, ceñido de una guirnalda de yedra, se alzaba a cada momento sobre su pedestal roto. El suelo de los jardines violados había dado albergue, un siglo antes, a las víctimas de una histórica epidemia.

La luz del día regurgitaba de una rotura del globo del sol, y la noche, duradera cual las del invierno, estaba a cargo de un astro, de orbe incompleto y de través.

Unos hombrecillos deformes brotaban del suelo, en medio del sopor nocturno. Salían por una apertura semejante al escotillón de un tablado. Sus ojos eran oblicuos y el cabello lacio y espeso invadía la angosta zona de la frente. Respondieron a mi interpelación valiéndose de un gesto lúbrico y hube de asestarles el puño sobre la faz dura, como de piedra. La mano me sangra todavía.

Yo no contaba otra amistad sino la de una mujer desconsolada, atenta a mi bien y a las memorias de un mundo superior. No sabría decir su nombre. Yo olvidaba, en el principio de cada mañana, su discurso.

Ella misma me puso en el camino del mar y me señaló una estrella sin ocaso.

A poco de soltar las velas al viento próspero, vi alzarse, desde el sitio donde me había despedido con lamentos, una interminable espiral de humo.

LA CIUDAD DE LAS PUERTAS DE HIERRO

Yo rastreaba los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes. Las torres se elevaban muy poco sobre las murallas, conforme la costumbre asiática.

La antigüedad de aquella arquitectura se declaraba por la ausencia del arco.

El paso de Alejandro, el vencedor de los persas, había difundido en aquel país un rumor imperecedero.

Yo observé, desde un mirador de las ruinas, la disputa de Sergio y de Miguel, dos haraganes de origen ruso. Se les acusaba de haber asesinado y despojado a un caballero, cuando lo guiaban a través de un páramo. Se apropiaban las reses heridas por los cazadores del vecindario. Superaban la perfidia del judío y del armenio.

Miguel se retiró después de infligir a su adversario un golpe funesto y se encerró en la hostería donde yo me había alojado. Ninguna otra persona se había dado cuenta del caso.

El herido murió la noche de ese mismo día, profiriendo injurias y maldiciones. Miguel no podía, a tan larga distancia, conciliar el sueño y llamaba a voces los compañeros de alojamiento para salvarse de alucinaciones constantes. Yo contribuí a serenarlo y lo persuadí a esperar, sin temor, hasta la mañana.

Lo dejamos solo cuando empezaba a dormirse.

Volvimos a su presencia después de entrado el día. Lo encontramos ahogado por unas manos férreas, distintas de las suyas.

CARNAVAL

Una mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor septentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por mi causa.

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohínos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista septentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

EL CIELO DE ESMALTE

EL CIRUJANO

Los valentones convinieron el duelo después de provocarse mutuamente. El juglar, compañero del médico de feria, motivó la altercación irritándolos con sus agudezas.

Acudió la multitud encrespada del barrio de la horca y las mujeres se dividieron en facciones, celebrando a voz en grito el denuedo de cada rival.

La cáfila bulliciosa recibía alegremente en su seno al verdugo y le dirigía apodos familiares. Los maleantes vivían y sucumbían sin rencor.

Yo estudiaba la anatomía bajo la autoridad de Vesalio y me encaminaba a aquel sitio a descolgar los cadáveres mostrencos. El maestro insistía en las lec-

ciones de la experiencia y me alejaba de escribir disertaciones y argumentos en latín.

Uno de los adversarios, de origen desconocido, pereció en el duelo. El registro de ninguna parroquia daba cuenta de su nacimiento ni de su nombre.

Fue depositado en una celda de osario y yo la señalé para satisfacer más tarde mis propósitos de estudioso. Nadie podía solicitar las reliquias deplorables, con el fin de sepultarlas afectuosamente. Yo no salgo de la perplejidad al recordar el hallazgo de dos esqueletos en vez del cuerpo lacerado.

BAJO LA RÁFAGA DE ARENA

Una muchedumbre de hormigas había practicado sus galerías en el suelo de nuestra tienda de campaña. Insinuaban en las venas una saliva cáustica. Nos defendíamos sufriendo un barniz general de aceite de palma.

La aridez consentía apenas el sicómoro y el áloe.

Visitábamos profundamente los desiertos de una raza infeliz para abastecernos de marfil y de cortezas perfumadas. Esperábamos aumentar en una sola vez los tesoros del comercio y los recursos de la medicina. Las preseas de la flora debían usarse en la mitigación de los dolores humanos.

Los naturales se habían dividido en facciones y se consumían en una guerra ilimitada. El vencedor acarreaba lejos los prisioneros, donde no podían desertar, y los vendía para la esclavitud. Una sola cuerda los juntaba por el cuello. El espanto dominaba en las aldeas reducidas a cenizas.

Unos ciegos habían sido desviados de la muerte o del cautiverio. Los recogimos para llevarlos a un lugar habitado y feraz, donde pudieran vivir de la compasión. Navegamos a la sirga, por un río seco, durante una semana.

Nos anunciamos por medio de cohetes al divisar el vecindario de casas de paja, en donde esperamos alojar los desvalidos. Las casas de paja, de un dibujo circular, se prolongaban en aposentos subterráneos.

Un ministro del rey vino a preguntarnos el objeto de nuestro viaje. Yo lo insté a mediar en obsequio de mi interés civilizador.

El rey me llamó a su presencia y me regaló un caudal de resinas, de bálsamos y de hojas. Aproveché la entrevista para despertar su misericordia, refiriéndole el caso de los ciegos.

Se holgó extremadamente de saberlo y decidió mostrarme al punto los méritos de su presente. Ensayó con los desgraciados el efecto de las hojas narcóticas y murieron en medio de un embeleso.

ENTRE LOS BEDUINOS

Nos recogíamos en un cauce labrado por las aguas de la lluvia y respirábamos del sobresalto perenne. Los torbellinos de tierra cegaban el horizonte.

Las nubes regaban al azar y brevemente el país del ensueño. El sol mitigaba la arena cándida y el guijarro de bronco perfil esparciendo una gasa de amatista, dibujando una ilusión vespertina del Bósforo.

No osábamos elevar la voz en el silencio ritual. El pensamiento se anegaba en el éxtasis infinito. El polvo continuaba indemne bajo el pie elástico del camello. Los guías invocaban en secreto el nombre y la asistencia de Moisés.

Los monjes de un convento secular, adictos al dogma griego, comparecieron a facilitarnos la visita del área del resol. Habían labrado su casa guerrera y feudal en presencia de un bajo relieve esculpido en la faz de una piedra. Yo reconocí la efigie de Sesostris.

Siempre he guardado algún desvío a las reliquias del reino del Faraón y les he atribuido anuncios malignos. Un salteador de los arenales, señalado por un

tatuaje supersticioso, me visitó con el fin de venderme un arco infalible, de fábrica milenaria y de una sola saeta recurrente. Yo pensé en el privilegio del martillo de Thor.

Yo disparé el arma falaz en seguimiento de unas aves grifas, encarnizadas con las liebres. Yo perdía de vista la fuga de la saeta en el seno del aire y el volátil amenazado se desvanecía en la calina del estío.

Un dolor me derribó súbitamente en el caudal de mi sangre.

EL HERBOLARIO

El topo y el lince eran los ministros de mi sabiduría secreta. Me habían seguido al establecerme en un paisaje desnudo. Unos pájaros blancos lamentaban la suerte de Euforión, el de las alas de fuego, y la atribuían al ardimiento precoz, al deseo del peligro.

El topo y el lince me ayudaban en el descubrimiento del porvenir por medio de las llamas danzantes y de la efusión del vino, de púrpura sombría. Yo contaba el privilegio de rastrear los pasos del ángel invisible de la muerte.

Yo recorría la tierra, sufriendo la grito y pedrea de la multitud.

No conseguí el afecto de mis vecinos alumbrándoles aguas subterráneas en un desierto de cal.

Una doncella se abstuvo de censurar mi traje irrisorio, presente de Klingsor, el mago infalible.

Yo la salvé de una enfermedad inveterada, de sus lágrimas constantes. Un espectro le había soplado en el rostro y yo le volví la salud con el auxilio de las flores disciplinadas y fragantes del dicitamo, lenitivo de la pesadumbre.

EL EXTRANJERO

Había resuelto esconderse para el sufrimiento. Se holgaba en una vivienda sepulcral, asilo del musgo decadente y del hongo senil. Una lámpara inútil significaba la desidia.

Había renunciado los escrúpulos de la civilización y la consideraba un trasunto de la molicie. Descansaba audazmente al raso, en medio de una hierba prensil.

Insinuaba la imagen de un ser primario, intento o desvarío de la vida en una época diluvial. El cabello y la barba de limo parecían alterados con el sedimento de un refugio lacustre.

Se vestía de flores y de hojas para festejar las vicisitudes del cielo, efemérides culminantes en el calendario del rústico.

Se recreaba con el pensamiento de volver al seno de la tierra y perderse en su oscuridad. Se prevenía para la desnudez en la fosa indistinta arrojándose a los azares de la naturaleza, recibiendo en su persona la lluvia fugaz del verano. Dejó de ser en un día de noviembre, el mes de las siluetas.

OMEGA

Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

Mis reliquias, ocultas en el seno de la oscuridad y animadas de una vida informe, responderán desde su destierro al magnetismo de una voz inquieta, proférica en un litoral desnudo.

El recuerdo elocuente, a semejanza de una luna exigua sobre la vista de un ave sonámbula, estorbará mi sueño impersonal hasta la hora de sumirse, con mi nombre, en el olvido solemne.

José Antonio Ramos Sucre, Material de Lectura,
Serie Poesía Moderna, núm. 167,
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.
Cuidado de la edición: Laura González Durán
y Katyna Henríquez.